



## Capítulo 176

El Apóstol de la Codicia miró al hombre con una mirada indescifrable.

Con la luna azul a sus espaldas, esbozó una sonrisa afable y miró a Emil con sus brillantes ojos azules, tan luminosos como la propia luna.

¡Splat~!

La sangre brotó de los labios de Emil, resbalando por su garganta y acumulándose en la hoja que había atravesado su cuerpo.

Pronto, gotas de sangre carmesí salpicaron el suelo.

«¿Quién... eres...?»

Sintiendo su muerte inminente, Emil preguntó, con el rostro pálido y sin la sonrisa de antes.

Sin embargo, en marcado contraste con la expresión grave de Emil, la sonrisa del hombre permaneció imperturbable.

«¿Eso importa ahora mismo?».

«¿No es obvio?»

Como si no quisiera revelar su pérdida de compostura, la voz de Emil se mantuvo tranquila, incluso cuando su rostro se tensó.



El hombre le lanzó una pregunta con indiferencia.

«¿Por qué?».

«¿No debería saber al menos el nombre de la persona que me mató?».

«¿Me mató? Oh, ni hablar~».

«Entonces... ¿vas a perdonarme la vida en este momento?»

«No, no hay necesidad de eso. Después de todo...».

iShluk!

«Volverás a la vida, ¿verdad?».

Al oír esas palabras, la expresión de Emil se endureció aún más.

Ella ya se lo esperaba cuando él le clavó la espada por la espalda, pero ahora sus palabras confirmaban sus sospechas.

Él sabía lo de su magia de reencarnación, un secreto que solo conocían los apóstoles.

Su mente daba vueltas frenéticamente, tratando de encajar todas las piezas.



¿Quién de entre los apóstoles había filtrado el secreto de la magia de la reencarnación?

Y lo que es más importante, ¿cuánto sabía este hombre? ¿Hasta qué punto era preciso su conocimiento?

Pero sus pensamientos se vieron interrumpidos.

«¡Ay! ¡Aaah!».

Como si quisiera castigar su silencio, el hombre clavó la espada aún más profundamente.

Ella escupió otra bocanada de sangre.

¡Goteo, goteo~!

Gotas carmesí salpicaban sus pantalones como desordenadas gotas de lluvia.

Sin embargo, el rostro del hombre permaneció inquietantemente sereno.

«No tienes por qué preocuparte demasiado».

«.....»

«Después de todo, no sé dónde tendrá lugar tu próxima reencarnación».

Emil apretó los dientes.



No le creyó.

Si realmente no lo supiera, no sería tan tonto como para tranquilizarla.

Una sombra de inquietud cruzó el rostro de Emil cuando ella levantó la mirada hacia él con gran esfuerzo.

El hombre seguía sonriendo.

Incluso en esta escena empapada de sangre, permaneció impasible, de pie frente al telón de fondo de la luna azul con su sonrisa siempre agradable.

Entonces, como si extendiera una mano de salvación a un alma moribunda, extendió el brazo.

«He venido aquí para advertirte».

«¿Una... advertencia?».

Le acarició suavemente la mejilla.

«Así es».

«¿Una advertencia sobre qué?».

Por un breve instante, sus ojos brillaron con frialdad.



«No toques al marqués Palatio».

«... ¿Qué?».

«Lo he dicho claramente».

iShluk!

«¡Urgh... ugh!».

«No toque al marqués Palatio. Por supuesto, sé que no es alguien a quien su gente pueda derrotar fácilmente».

«.....»

«Pero verás, las personas son criaturas extrañas».

¡Crunch~!

«Suelen preocuparse».

Eliban se rió nerviosamente, rascándose la cabeza, con una expresión totalmente inadecuada para la situación.

Al acercarse al borde de la muerte, Emil sintió una inexplicable sensación de disonancia.

Una extraña y perturbadora familiaridad.



Como si hubiera visto a este hombre en algún lugar antes.

En algún lugar profundamente incómodo.

«En fin, por eso vine a decírtelo. Puede sonar frío, pero sinceramente no me importa lo que tú y los tuyos hagan. Pueden perseguir los objetivos que deseen».

Emil siguió repasando sus pensamientos, tratando de identificar el origen de esa inquietud.

Sin descanso.

Como si ese pensamiento la consumiera.

«Pero nunca debes apuntar al marqués Palatio. Ese hombre nunca debe caer, al menos, no ahora».

Incluso cuando la muerte se cernía sobre ella, la pregunta resonaba sin cesar en su mente.

Y entonces...

«Ah».

«Recuerda mis palabras, Apóstol de la Codicia... no, Emil».



Se dio cuenta.

La identidad de esa inquietante familiaridad.

«Si no quieres que tu codicia te lleve al sueño eterno, más te vale hacer caso a mi advertencia».

Allí había visto los ojos del hombre que ahora tenía su debilidad en sus manos.

«No le pongas nunca la mano encima».

Era desde lo más profundo de las raíces...

mucho más abajo incluso que ellos mismos—

La Nebulosa.

¡Rumble...!

Los pensamientos de Emil no podían ir más allá.

El mundo se volvió negro.

En el momento en que se dio cuenta del motivo de su inquietud, su cabeza ya había dado dos vueltas, su cuello se había roto y su vida se había extinguido.

Y Eliban...

Como si su sonrisa nunca hubiera existido, la borró como si fuera una mentira.

Sin decir nada, se dio la vuelta y se alejó.

\*\*\*

Unos días después de salir de Lartania.

[Mmm, estoy agotado].

«¿Por qué? ¿Te has cansado de ser tan adorablemente insignificante?».

[Humano, si dices una palabra más, te juro que te haré pedazos].

«¿Y cómo piensas hacerlo exactamente?».

[¡Grrrrr—! ¡Si pudiera manifestarme físicamente, tú...!]

«Pero no puedes, ¿verdad? ¿Qué vas a hacer al respecto?».

[¡Kraaaaaah!]

Desde hacía días, Evan no dejaba de burlarse de Basiliora, como si hubiera encontrado la excusa perfecta.



La frase «adorablemente insignificante» había desencadenado un efecto dominó inesperado.

Al ver a los dos discutir, Alon suspiró en silencio para sí mismo.

Durante su estancia en Lartania, las cosas habían sucedido en rápida sucesión, dejando poco espacio para la reflexión.

Pero ahora que tenía tiempo, había demasiado en qué pensar.

Y lo primero en su mente era la visión que había tenido cuando conoció a Kylrus.

Un mundo completamente destruido, en el que no quedaba más que desolación.

[¿Qué tonterías estás diciendo, mocoso? Este es tu mundo mental].

Recordando las palabras de Kylrus, Alon ladeó la cabeza, confundido.

Por lo que él sabía, y por lo que Kylrus había dicho, un mundo mental solía reflejar el yo interior de una persona.

Kylrus también le había explicado que un mundo mental siempre entraba en una de dos categorías:

Para los magos, cuyos mundos internos se solidificaban a través de la recepción de imágenes mentales y fórmulas.



O para aquellos sin tal entrenamiento, donde los recuerdos profundamente arraigados moldeaban el paisaje.

Alon, por supuesto, podía manejar runas, pero nunca había recibido una impronta ni poseía ningún tipo de fórmula mágica.

Eso solo dejaba una posibilidad.

Un recuerdo profundamente arraigado.

Eso significaría que el mundo devastado había surgido de sus propios recuerdos.

Pero Alon no podía comprenderlo.

Había vivido en este mundo durante más de una década.

A todos los efectos, se había convertido en parte de él.

Sin embargo, técnicamente hablando, él no era originario de este mundo.

No recordaba haber visto nunca un mundo tan devastado.

¿Podría ser un recuerdo del Alon Palatio original?

Eso también parecía prácticamente imposible.



Después de todo, cuando se convirtió en Alon, el cuerpo aún era joven, ni siquiera había pasado la mayoría de edad.

Y una visión tan catastrófica no era algo que un joven noble hubiera presenciado jamás.

Lo que significaba...

El recuerdo de ese mundo en ruinas tampoco pertenecía al Alon original.

«Entonces solo queda una posibilidad... Simplemente no lo recuerdo».

Un recuerdo olvidado.

Alon se acarició inconscientemente la barbilla.

¿Había visitado alguna vez un lugar que se pareciera a ese mundo?

Por mucho que lo pensara, no había ningún lugar así.

Lo más parecido que se le ocurría era el norte.

Pero ni siquiera eso encajaba.

Un páramo sin vida y un mundo en el que la vida había sido aniquilada eran fundamentalmente diferentes.



Después de reflexionar un rato, juguetó distraídamente con «Huellas del pasado» dentro de su abrigo.

«Para cuando lleguemos a Colony, debería poder volver a entrar. Entonces haré más preguntas».

Después de ordenar sus pensamientos, Alon extendió la mano y acarició a Blackie, la pequeña criatura que se había escabullido del bolsillo de su camisa y ahora ronroneaba contra su mano.

Era pleno verano.

\*\*\*

Aproximadamente un mes después...

Teyra llegó al castillo real siguiendo las órdenes de Carmaxes III.

Y pronto escuchó el nombre de la persona sospechosa de ser un Dios Sabio.

«¿El marqués Palatio, verdad?».

«Sí. Cuando llegue, confírmamelo».

«Entendido».

Aunque respondió obedientemente, su mente estaba llena de preguntas.



Francamente, Teyra no tenía ni idea de por qué Carmaxes III sospechaba que el marqués Palatio era un dios sabio.

«Bueno... Sus logros son notables, pero...».

Incluso como arqueóloga, Teyra sabía quién era el marqués.

Había lidiado tanto con dioses exteriores como con monstruos, acumulando logros muy por encima de lo que se esperaba de un noble.

Su nombre era famoso en todo el continente.

Pero incluso teniendo en cuenta todo eso, Teyra pensaba que las sospechas del rey eran infundadas.

Por supuesto, Carmax III debía de tener razones que él desconocía.

Aun así, Teyra estaba segura.

Ya había visto antes a un Dios Sabio.

Y los Dioses Sabios eran imposibles de pasar por alto.

Y no solo eso...

si el marqués Palatio fuera realmente un dios sabio, no tenía motivos para ocultarlo.



«Bueno... Supongo que podría haber una razón para ocultar su identidad, pero...».

Incluso si ese fuera el caso, disfrazarse de noble no tenía sentido.

... Aunque, para ser sincero, no entendía del todo por qué un Dios Sabio se molestaría en disfrazarse.

En ese momento...

Se abrieron las puertas de la sala de audiencias.

Un hombre entró.

Envuelto en un abrigo oscuro, no mostró ningún cambio en su expresión, ni siquiera ante el rey.

«Así que ese es el marqués Palatio».

Teyra se quedó momentáneamente impresionada.

Había visto al hombre desde lejos antes, pero conocerlo de cerca...

había algo extrañamente cautivador en él.

Algo difícil de describir.

Una presencia diferente a todo lo que había encontrado antes.

Miró al marqués aturdido, hasta que...

«¿Cómo ha estado, marqués Palatio?».

«He estado bien».

La voz de Carmaxes III lo devolvió a la realidad.

Tenía que actuar ahora, con discreción, tal y como se le había ordenado.

Mientras los dos hombres intercambiaban cortesías, Teyra reunió silenciosamente su maná y lo canalizó hacia el artefacto oculto en su abrigo.

Un artefacto azul con forma de orbe que había adquirido en unas antiguas ruinas de la selva hacía diez años.

Su función era sencilla.

Manifestaba el poder del objetivo como una imagen visible.

En el pasado, lo había utilizado contra un Dios Sabio en el territorio de los Hombres Lagarto...

y había visto cómo se materializaba el poder divino.

«Si el marqués Palatio realmente es un dios, entonces debería aparecer una esfera encadenada frente a él. Si no es así, solo será una esfera normal».



No sabía por qué se manifestaba de esa manera, pero todos los dioses sabios con los que se había encontrado habían mostrado el mismo resultado.

Cuando el artefacto se activó, Teyra dirigió su mirada hacia el marqués sin muchas expectativas...

y entonces, sus ojos se abrieron como platos.

«Esto... esto es... ¡imposible...!»

Porque, igual que antes, había aparecido un orbe frente al marqués.

Una esfera envuelta en cadenas.

La reacción de Teyra no se limitó a abrir los ojos como platos.

A pesar de las órdenes de Carmaxes III de mantener la discreción, se le cayó la mandíbula sin querer.

Y por una buena razón:

Antes del marqués Palatio...

No había solo uno, sino cuatro orbes.

Un Dios Sabio solo había poseído uno.

Sin embargo, ahora, frente a él...

Había cuatro.